



CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS DE LOS CC. SS.



Nace un Santo

**Infancia del Venerable Padre
Julio María Matovelle**

COLECCIÓN
DE BOLSILLO

1

**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



Nace un Santo

**Infancia del Venerable Padre
Julio María Matovelle**

Nace un Santo: Infancia del Venerable Padre Julio María Matovelle

Primera edición 2014

Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-8540-0-1

© Derechos Reservados

Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos

Esta obra se publicó con motivo de los 130 años de presencia oblata en el mundo y de los 85 años de la muerte del Venerable Padre Julio María Matovelle, siendo Superior General el Rvmo. P. Ernesto León Díaz. O.CC.SS.

Impresión:

Gráficas Iberia - Quito

Tel.: 25 21 529

ediberia@gmail.com

INTRODUCCIÓN

*Existe un ser, bello como la naturaleza,
sublime como la omnipotencia misma de Dios,
y que resulta del hermoso cuadro de la creación.
¿Cuál es? El corazón humano.
(O.C. T2 pág. 233)*

El nacimiento de una persona es siempre un acontecimiento que viene a darle un pequeño o gran giro a la historia de la humanidad. Cuando nace alguien se contempla la belleza continua de la vida, a tal punto que un recién nacido nos arrebatara grandes gestos de ternura y delicadeza, que la expresamos con halagos y caricias, haciendo del niño o de la niña el centro de atención de los adultos que se concentran alrededor de ese nuevo huésped del mundo.

En la historia humana han nacido grandes personajes, que se recuerdan como artífices de magníficas obras de arte; autores de escritos hondos y llenos de conocimiento; hombres que han logrado grandes proezas a nivel científico, cultural, económico, deportivo; en todos los ámbitos que constituyen la naturaleza humana hay alguien que puede ser digno de un monumento en un parque o en un lugar público importante, para así recordarlo siempre por ese aporte a la humanidad.

Ante los logros obtenidos de los hombres y mujeres en el recorrido de la vida hay que conmoverse, pero más cuando ellos y ellas con su accionar diario nos muestran el rostro de Dios. Ese es el caso de los santos. Los santos con su trabajo, con sus gestos y palabras han impactado el corazón de sus contemporáneos con la Buena Nueva del Señor Jesús, y sus alcances no se limitan a la contingencia del mundo, pues su mirada siempre se dirigía a la eternidad.

Así, el santo asombra desde su nacimiento, pues es un acontecimiento que viene a llenar

la tierra de fe, esperanza y caridad. Desde la contemplación profunda del acontecimiento vital del nacimiento, la existencia del santo se muestra como querer de Dios que en su infinito amor se ha encarnado y se sigue encarnando en la humanidad. El nacimiento de un santo es bendito, ya que en ese momento delicado y propenso a cualquier daño, el santo resiste cual roca firme y no le frena ningún obstáculo. En esa persona débil y necesitada de protección se ha puesto la mirada del Dios-con-nosotros que acompaña al ser humano y construye la historia de salvación junto a él.

Es eso lo que se va a encontrar en las siguientes páginas; se va a leer la vida bendecida de una persona, que no se limitó a llorar las circunstancias dolorosas y paupérrimas de su niñez, sino que desde su madurez pudo ver la Voluntad Salvífica de Dios que dice en las Sagradas Escrituras: ¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo no te olvido. (Is 49, 15),

Es desde este contexto que se puede apreciar mejor la vida del Padre José Julio María Matovelle. Es desde del amor de Dios que llama al hombre a la felicidad, como se puede comprender la vida de este santo ecuatoriano, que a pesar de lo vivido en su infancia encontró en ella la mejor respuesta para entregársela al Señor: "Hacerlo todo por amor de Dios". En la apertura generosa de esta alma se saborea lo que significa enteramente ser una ofrenda agradable al Padre.

Así, leer el nacimiento de Julio Matovelle es contemplar un acontecimiento impactante y conmovedor y que aunque puede dejar a la persona en la superficialidad de los hechos dolorosos, también puede sembrar en el corazón el deseo de encontrarse con el Padre que se ha revelado de una vez y para siempre en su Hijo Jesucristo, y que guía con la fuerza del Espíritu Santo a todo aquel que lo busca con sincero corazón, esta es la infancia del hijo predilecto de la Virgen María.

Hno. Leonel Recalde . O.CC.SS.



Este es el acontecimiento con el cual comienza la vida cristiana, se trata del bautismo, en esas aguas bautismales Matovelle recibió la fuerza de un verdadero hijo de Dios, que lo llevó a consagrar su vida completa al Hacedor de la Vida, a Dios Padre, quien lo cuidó con predilección en el largo trecho de su vida, adornada más de espinas que de flores.



CAPÍTULO I

NACIMIENTO – BAUTISMO – CONFIRMACIÓN Y PRIMEROS AÑOS

En una noche lluviosa del 8 de septiembre de 1852, en Cuenca, en el barrio de la Merced, a media cuadra de la Iglesia de este nombre, nació Julio María Matovelle. Su madre fue doña Juana Maldonado de San Juan, mujer de mucho orgullo, ostentaba título nobiliario concedido a sus antepasados por Carlos V, y por sangre se decía descendiente de la familia de Santo Domingo de Guzmán.

Apenas el niño ve la luz del mundo y ya el dolor le persigue. Con tierno llanto mendiga en la calle el amor y cariño que le niega la madre, el ser más querido de la tierra. Para él es mentira esa madre cantada por los poetas que haya su paraíso en la cuna del recién nacido, que con él sufre, con él goza y en él cifra su dicha.

Hacia 1876 doña Juana va al Perú y en unos ejercicios espirituales del futuro Obispo, el sacerdote franciscano José María Massia, se convierte, llora sus culpas y muere años más tarde en el Callao, cual otra María Magdalena. Los descendientes de Abraham, Isaac, Jacob, David reciben el perdón de muchas de sus faltas por las virtudes de sus lejanos antepasados; así también doña Juana, quizá por la sangre de héroes y santos que corría por sus venas y por los méritos de su propio hijo, recibió el perdón de Dios. Y aquí se concluye que el hombre no debe juzgar cuando Dios perdona.



Esta Ilustración representa a Matovelle en su condición de expósito, oblato desde el comienzo de su vida, sólo al amparo de corazones generosos que lo llevaron entre sus brazos, cabe resaltar aquí la presencia de María Santísima en el fondo de la imagen, diciéndole al bebé en el regazo de la indígena: Aquí estoy yo, no temas.



El ángel para el expósito es su tía Carmen, ella recoge al niño. Lo alimenta con la leche de sus pechos, le da el abrigo que necesita y a los 8 días de nacido lo lleva al Sagrario, antigua iglesia de los Padres Jesuitas y sirviéndole de madrina lo hace bautizar con el nombre de José Julio por el presbítero Manuel Delgado. Frente a la pila bautismal está un cuadro de Nuestra Señora de los Dolores, dejado allí por hijos de San Ignacio antes de partir al exilio por orden de Carlos III. Los dolores han comenzado a perseguir a este niño desde la cuna; pero la Virgen de los Dolores va a comenzar también la obra de ampararlo y protegerlo, desde el momento en el que recibe la vida de gracia con las aguas regeneradoras del bautismo.

El único regalo de la madrina, su tía materna, es un pañal de bayeta blanca, como símbolo de lo blanco que será siempre su alma.

El cura de turno de la Catedral, Dr. Lucas Iglesias a cuyo cuidado corre el templo del Sagrario, al

sentar el acta en los libros de partida bautismal, dice que el niño es expósito, sin cédula, a las puertas de la casa de la señora, su madrina.

José Julio no tiene apellido paterno ni materno. Es un abandonado, un ser utópico de esos que quería Platón para su República, que tiene por padre a todos los hombres que hubiesen podido engendrarlo, por madre a todas las mujeres que pudieran serlo y por hermanos a todos los niños de su misma edad.

Bien conocía doña Carmen al padre y a la madre del niño pero ni él ni ella eran acreedores a ese dulce nombre, al niño le habían dado la vida, pero le habían negado el amor. Era un expósito en el verdadero sentido de la palabra, y así constó en el libro.

Doña Carmen tenía una hija, de nombre Juana, que lactaba aún. Ésta que por su matrimonio fue más tarde esposa de Ávila, se complacía en contar, con referencia a su madre, que el niño tenía dulzuras hasta en el lactar, que sonreía poco y lloraba



En esta ilustración se evidencia todas las características de un hogar en donde se respira violencia y llanto; Matovelle aun siendo bebé, recibió el maltrato físico y en medio de este mar de vicisitudes, Dios nunca lo abandonó. En esta escena se muestra el desgarramiento de su mandíbula producto de su inconsolable llanto a causa del maltrato de un hombre ebrio, de quien hasta su esposa huía y se escondía.



raras veces. Pero sea porque la leche de los pechos no alcanzaba para la hija y el expósito, sea porque los medios de subsistencia eran escasos para su pobreza, José Julio fue entregado a los tres meses a una india de Tanda Catú, lugar situado al Occidente de Cuenca. La india en la pobre choza prodigó al huérfano sus cuidados, pero con la tosquedad propia de su raza. La bayeta blanca del bautizo, regalo de la madrina, fue elevada a pañal dominguero o de las grandes solemnidades, sustituida para el uso ordinario por otra muy tosca, raída y descolorida por el tiempo, no de lana sino de pelo, y colocada directamente sobre la carne del niño. La cama fue estera sobre el duro suelo, y el alimento escaso y ordinario.

Ante esta tan triste situación, la misma señora Carmen hizo traer al niño de nuevo a la ciudad y lo entregó a una sirvienta de la casa de Maldonado. La sirvienta era pobre, cargada de familia, vivía en continua reyerta y bajo los golpes y ultrajes de un brutal marido, aprendiz

de albañil. El niño lloraba mucho y por los continuos llantos se le dislocó la mandíbula inferior. Un día en una de las tantas reyertas, el niño en brazos de la nodriza recibió más golpes de costumbre de los dirigidos por el marido a su mujer. Esto motivó la compasión de una señora Lasacota Landivar y de otras personas piadosas, que pidieron a la virtuosa señorita Isabel Matovelle Orellana, se hiciera cargo del niño, su sobrino.

Y antes del año de nacido, la señorita Matovelle Orellana adoptó al expósito por hijo y le prodigó cuidados de verdadera madre. Su primera diligencia fue darle un ambiente que fuese propicio a su crecimiento. Creía la señorita Matovelle Orellana con acierto, que la educación del niño comienza desde la cuna. Apenas el niño pudo balbucear palabras y andar con los propios pies, procuro inculcar en él ideas religiosas, morales y de propia dignidad, que le sirvieron de cimiento poderoso para conducirse siempre por la senda del bien. A los 4 años lo llevó al templo



*P*rostrado ante el Vicario Episcopal de la época, recibe el sacramento de la Confirmación y todo bajo la mirada tierna y amorosa de la Madre de Dios. Esta fue la ocasión en la que se le adicionó el nombre de María a sus dos nombres de pila: José Julio. Con el crisma, se convirtió en soldado de Cristo y en apóstol del Sagrado Corazón de Jesús.



de San Sebastián y ante el altar de nuestra Señora de las Nieves, que a José Julio nunca se le borraré del recuerdo, le hace conferir el sacramento de la Confirmación de manos del provisor y Vicario General de la Diócesis señor Mariano Veintimilla. Fue su padrino Don Pedro Nolasco Vivar, Cura de esa iglesia parroquial y se le puso por nombre María en recuerdo de la fecha de su nacimiento, 8 de septiembre, día de la Natividad de la Virgen María.

El niño, de alma y corazón agradecidos, correspondió a los desvelos de la buena señorita Matovelle, pero no podía corresponderle sino con livianos trabajos porque era de complexión débil, enfermizo y por esta época le atacó una disentería que lo puso casi a las puertas de la muerte; la dureza de la vida principiaba a forjar su alma en el fuego de la tribulación, pero como por instinto se servía del dolor para el propio perfeccionamiento.

En su obra titulada “Memorias Íntimas” escribe el P. Matovelle: “Tenía tres o cuatro años cuando hallé arrojado en el campo por donde todos pasaban un grabado hecho al humo y en el papel de 2 centímetros de alto, que presentaba al corazón de María con siete espadas. Fue esto la primera propiedad que tuve en mi vida, como si Dios hubiera querido significarme que el dolor sería mi herencia”.

El dolor era su herencia, pero el dolor cristiano, que se acepta con el alma rebosante de gratitud porque viene de las manos de Dios. La mayor dicha de los Santos en el cielo es conformarse con la voluntad divina, y a esta dicha aspiró Matovelle desde sus más tiernos años.

Apenas ha cumplido un lustro, cuando muere su protectora, la señorita Isabel, y queda de nuevo en la orfandad expuesto a los duros rigores del mundo. “Esta muerte”, dice “me sumió en el perpetuo mar de la amargura, la vida se me convirtió en verdadero destierro, soledad profunda y doloroso abandono”.



Esta escena, que es la carátula de este libro, supone para Matovelle y para los Oblatos, uno de los momentos más importantes de la vida del Venerable Padre José Julio María Matovelle, pues fue en ese instante cuando el protagonista de esta bella historia, tomó a María Santísima como su mayor tesoro, desde ese momento la Virgen María se convirtió en su única posesión, ella se convirtió en su única y verdadera Madre.



Se hizo cargo de él una mujer del pueblo, María Quinde, de Deleg, una región cercana a Cuenca, no ya inculta como la indiecita que lo acogió en Tanda Catú, sino criada en la casa de la señorita Isabel, que había estado desde antes al cuidado del niño, mujer de profunda piedad cristiana y de prácticas edificantes de vida, de quien con justicia puede decirse que fue la mejor cooperadora del brillante porvenir de Matovelle. Éste la llamaba “mi mamita”, le tuvo siempre inmenso cariño, decía que era su segunda madre y ya adulto no podía recordarla sin conmoverse hasta lo íntimo del alma. A los pocos años de su muerte hizo exhumar sus restos, e hizo que esa mujer recibiese los sufragios de los sacerdotes en el santo sacrificio de la Misa.

Bajo el cuidado de María Quinde aprendió José Julio a honrar en su casa un cuadro de la muerte de la Santísima Virgen o Nuestra Señora del Tránsito. La Reina de los cielos, recostada en un lecho de Flores, se dormía dulcemente en el Señor con los Labios

animados de amable sonrisa. ¡Que dulce la muerte! ¡Que bellas las flores!

El niño tenía alma de santo y de poeta. Para saciar sus anhelos la nodriza lo consagró al Purísimo Corazón de María, conforme a una tradición de su familia. Todos los sábados lo llevaba a la Iglesia de esta advocación en Cuenca, y le hacía depositar en el altar un ramillete de romero, albahaca, claveles, rosas y azafranes... era el alma abigarrada de la indígena prendida de un ramillete, la que acercaba la tierna alma del niño en sus primeros y celestiales amores a Dios Padre. Hasta las hojas del ramillete, ya marchitas caídas en el altar, escribió más tarde, tenían un encanto indefinible y yo las guardaba muchos días como recuerdo de la visita.

Al amor de María se juntó el amor de Jesús. “Nunca se ha borrado de mi memoria”, dice, “la profunda pena que tuve de niño al oír por primera vez a los 5 años, el relato de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, era época de las



*A*quí encontramos la escena en donde quien cuidó de él, murió; con las manos puestas en su rostro inundado de tristeza, Matovelle desde lo más hondo del corazón, le suplicaba a Dios que enjugara sus lágrimas y a María Santísima le pedía auxilio y protección; y de nuevo en la orfandad se abría camino guiado por el esplendor de Dios, enfrentando con el vigor de un héroe nuevas luchas y fatigas.



grandes solemnidades de semana santa; de noche y a la luz moribunda de un cirio, oí el relato, que no recuerdo haberlo oído antes, tuvo la significación de una tragedia del amor de Dios al hombre, que conmovió las fibras más recónditas de mi alma”.

La imaginación de Matovelle, la delicadeza de su espíritu y la rara habilidad de María Quinde en formar el sentimiento religioso, hicieron del culto externo, fuerte auxiliar de la educación, que en vida de Matovelle ayudó a cimentar el amor a Jesús y a María con el dulce y poderoso recuerdo de los días de infancia.

La primera fiesta de que conservo memoria, dice fue la solemnísimas que celebró Cuenca al recibir la noticia de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, declarada por Pío IX, el 8 de diciembre de 1854.

Esta festividad, es considerada por el Ecuador como suya, y aún antes de proclamarse el Dogma, el Congreso, por derecho legislativo de 7 de marzo de 1851, había declarado fiesta

de guarda para el Estado y el pueblo el 8 de Diciembre de cada año, en conmemoración del privilegio de la Inmaculada, que Dios concediera a María y que los hijos de España desde siglos atrás se gloriaban de defender.

Otra festividad que a Matovelle le causaba mucha impresión era la de Santa Mariana de Jesús. Al recopilar los procesos de nuestra gloriosa Virgen el 8 de Septiembre de 1902, decía Matovelle, que el Santo es una bendición del cielo y que era menester estudiar a Santa Mariana por dos aspectos nuevos, que sus biógrafos parecían haber olvidado: vida doméstica en la intimidad de la familia y su devoción, que adelantándose a su tiempo, profesara al Sagrado Corazón de Jesús.

Sin la honda huella que en su alma grabara el culto externo, Matovelle no hubiera alcanzado la excelente formación religiosa, intelectual y moral que alcanzó. Es cierto que nada vale este culto cuando falta espíritu cristiano, pero



En esta bella ilustración, observamos a Matovelle inclinado ante la Imagen del Corazón Inmaculado de María, a quien le llevaba rosas todos los días, ofreciéndole al mismo tiempo un ramillete de pureza y fidelidad. Esta advocación se ha convertido desde entonces para la Congregación de Padres Oblatos y Madres Oblatas, en la oficial, para quien cada consagrado le ha de tributar inmenso amor y veneración.



con frecuencia los enemigos de Cristo y hasta católicos poco formados, censuran el exceso de culto externo no con el santo propósito de mejorarlo sino con el pérfido fin de suprimirlo, así también sin el culto externo no es posible el espíritu cristiano. Somos hechos de alma y cuerpo, alma y cuerpo deben honrar a Dios. Al culto externo debió Matovelle su catolicismo tan arraigado desde los primeros días de su infancia, la viveza de las imágenes ayudó a la fijación de las ideas, los sentidos hablaron a su alma de poeta y el poeta conquistó el alma para Cristo.



CAPÍTULO II

EN LA ESCUELA – EL PADRE DEL NIÑO MATOVELLE – DEVOCIÓN A MARÍA – PRIMERA COMUNIÓN – SU DELICADA CONCIENCIA – VOTO DE PERPETUA CASTIDAD – PRODIGIOS

Por una calle de Cuenca pasaba un sacerdote, Miguel León, más tarde Obispo, grande en su desgracia por su fidelidad a Roma cuando le mandó cesar en el ejercicio de la jurisdicción episcopal. El niño Matovelle, al ver al sacerdote, alegre y respetuoso y con gracia encantadora, el



Esta imagen representa las festividades folklóricas del pueblo cuencano con motivo de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción, cuya imagen se puede apreciar en el estandarte que es llevado en alto. En esta ilustración se conjuga la fe y la alegría propia de las tradiciones culturales de Ecuador.



sacerdote lo mira complacido, lo acaricia; pero al verlo con tan pobre indumentaria y con tanto abandono no puede contener su desagrado, y con la vehemencia propia de su temperamento busca al padre del niño. Y fue tanta la eficacia del reproche que consigue responsabilizarlo.

¿Pero quién era el padre del niño? Don Santiago Matovelle, hijo de Lázaro Matovelle, venido de España a principios del siglo poco antes de iniciarse la guerra de la independencia. Bajo la protección del Obispo Andrés Quintan Ponte, se estableció en Cuenca con sus compañeros de Viaje y aventura, los españoles Esteban Iglesias y Ramón Oyervide, troncos de familias honorables. Don Lázaro, hombre de fuerzas hercúleas y amigo de empresas atrevidas se casó con una señora Orellana y tuvo varios hijos, entre ellos Santiago padre de José Julio e Isabel, la virtuosa tía que le protegiera.

A José Julio le faltó un hogar propio, pero en el ambiente de la época se evitaba con cuidado

el escándalo, y creció como en Cuenca solían crecer los niños de ese entonces, con el pleno conocimiento de la nada de las cosas temporales y el valor inmenso de las buenas obras para alcanzar nuestro eterno destino.

La pobreza excesiva, cuando voluntariamente no se busca, suele ser terreno abonado para muchos vicios, y si la formación religiosa y moral falta o es incompleta, hace hombres incompletos réprobos en vida, demonios en carne humana, con oído a todo lo existente, que rechazan con blasfemia el hambre, la angustia y el dolor. Al contrario una vida modesta es propicia a la práctica de la virtud, en cuanto ayuda a conservar la dignidad y la moral de las familias. No es nuestro este modo de pensar, es de Santo Tomas de Aquino.

Por esto, el sacerdote Miguel León temió que la miseria y la deshonra perjudicasen a la moral de José Julio; y para salvarlo hizo gestiones, según creemos, para que la verdadera madre



En el rostro de Matovelle se leen los signos de la orfandad, la pobreza y el abandono, pero en sus ojos brillantes se evidencia su mirada hacia el infinito; infinito que lo condujo a grandes conquistas y esto porque nunca se consideró un cobarde, de aquí su famosa expresión: “Dios saca sus victorias de una serie de derrotas”.



lo recibiese en su casa, y el padre le diese lo necesario para su subsistencia y educación.

Doña Juana recibió al hijo, pero no tuvo para él todo el cariño que es de imaginar, quizá porque la formación moral y religiosa del pequeñuelo era un reproche a su conducta de madre, no muy laudable. Pidió a María Quinde que siguiese a su cuidado como antes, y esta mujer, en su piedad y pobreza, continuó rezando junto a su niño, compartiendo con él los dolores y alegrías y ayudándole en la lucha de la vida. Con justicia, en la tierra, Matovelle a nadie tuvo más amor que a María Quinde.

Con la protección del padre, no faltó a José Julio en lo sucesivo lo necesario para su modesta subsistencia y educación. Y era ya tiempo, porque había llegado a la edad escolar, en que sin la ayuda de pequeños recursos económicos, puede frustrarse un promisorio porvenir.

Para la enseñanza de las primeras letras, antes de los seis años, se le puso en casa de

un profesor privado, y el niño fue compañero de Miguel Aguirre, N. Ruilova, Modesto Veintimilla y Antonia Veintimilla, esta última, esposa más tarde de Juan Antonio Iñiguez y madre del sacerdote jesuita Julio Iñiguez Veintimilla.

En la biografía del P. Aguirre se le da a éste por profesor a Manuel San Martín y Serafín Sarmiento, que eran por aquella época los educadores de la niñez de Cuenca: el primero por su severidad en las clases, bautizó con su nombre al látigo que sirve de castigo a los niños.

A la edad de seis años, la escuela mixta no tiene aún graves peligros, pero en ese entonces era común la promiscuidad de sexos en las escuelas privadas y públicas por motivos económicos. Solo desde 1871 se dieron por el Gobierno de García Moreno normas severas para impedirlo, mas, con el advenimiento del liberalismo, volvió a ponerse en moda la escuela mixta, no ya por motivos económicos, sino por odio religioso.



*M*atovelle desde su infancia se distinguió por ser un excelente estudiante, amigo de las letras y de la cultura y por eso en esta imagen lo vemos despierto y con la mano levantada pidiendo la palabra como lo hizo en el Congreso de la República, aquí lo encontramos entre con quienes más tarde serían los mejores intelectuales de la Cuenca del siglo XIX.



En su obra “memorias íntimas” refiere Matovelle haber concurrido posteriormente a la escuela de una de las celdas del antiguo ruinoso convento de Santo Domingo, en el que fue su profesor el entonces seminarista y más tarde sacerdote Manuel María Cuesta. En este lugar aprendió la devoción a Nuestra Señora del Rosario.

Los hermanos cristianos abrieron escuelas en Cuenca el 4 de mayo de 1863, pero Matovelle no concurrió a ellas, porque ya estaba por concluir la instrucción primaria y pasar al colegio seminario, y quizás también porque esa escuela funcionó en un local antihigiénico, que alteró la salud de alumnos y profesores.

En la escuela, Matovelle fue modelo de piedad, moral y aplicación. Con imaginación y, memoria fácil, claro talento y mucha aplicación, pronto aprendió a leer, y con las crónicas de San Francisco, la vida de los mártires franciscanos de Marruecos, el niño se inflamó en el deseo

de martirio, que a falta de verdugo lo llevo a ser de su vida un holocausto.

A la edad de 7 años dice también cuando apenas sabía leer, aprendí a recitar siete piadosas estrofas con sus correspondientes avemarías en honra a la Santísima Virgen, en un libro que por casualidad cayó en mis manos. Agrega que esta devoción le vino por decirlo así del cielo, que nadie se la enseñó y una vez aprendida nunca la dejó de rezar. Con el tiempo le añadió el himno de Stábat Mater y otras 7 avemarías en honra de la soledad de la Virgen. Pero no contento con eso, quiso juntar sus dolores y su soledad a los Dolores y Soledad de María.

A los 8 años hizo su primera comunión en el templo de Santo Domingo y ante el altar de Nuestra Señora del Rosario con los encendidos afectos de amor divino que es de suponer, en un alma que vivía con hambre de eternidad.

Poco después lee a “Fabiola” del Cardenal Wasserman, y los trabajos de los cristianos



Con la disciplina característica de Matovelle, le observamos aquí consagrado a sus estudios, hay una vela junto a él; sin embargo es necesario decir, que su luz siempre fue Dios, quien no le permitió caminar por sendas oscuras y de muerte. Junto a los libros se acrisoló como un sabio sin olvidar que su principal sueño fue ser santo.



y los tormentos de Santa Inés por confesar a Cristo, le hacen deshacerse en lágrimas, y entra con Jesús en el pecho en la Santa Comunión, en místicos arrebatos de amor.

Matovelle tuvo mucho cuidado en escoger las lecturas. Confiesa que en el ansia de devorar libros en su niñez y juventud solo leyó una o dos obras de criterio y moral dudosos. El niño, el joven, el hombre poco instruido, el sabio en otras materias que no sea la religión, no tiene como defenderse del error y la mentira que les brindan como verdad, por lo mismo es necesario protegerlos. Muy dolorosos fracasos serían evitados si los cristianos fieles hijos de la Iglesia seleccionaran sus lecturas.

En su humildad no faltaron en Matovelle, escrúpulos de haber ofendido a Dios en los primeros días de su infancia.

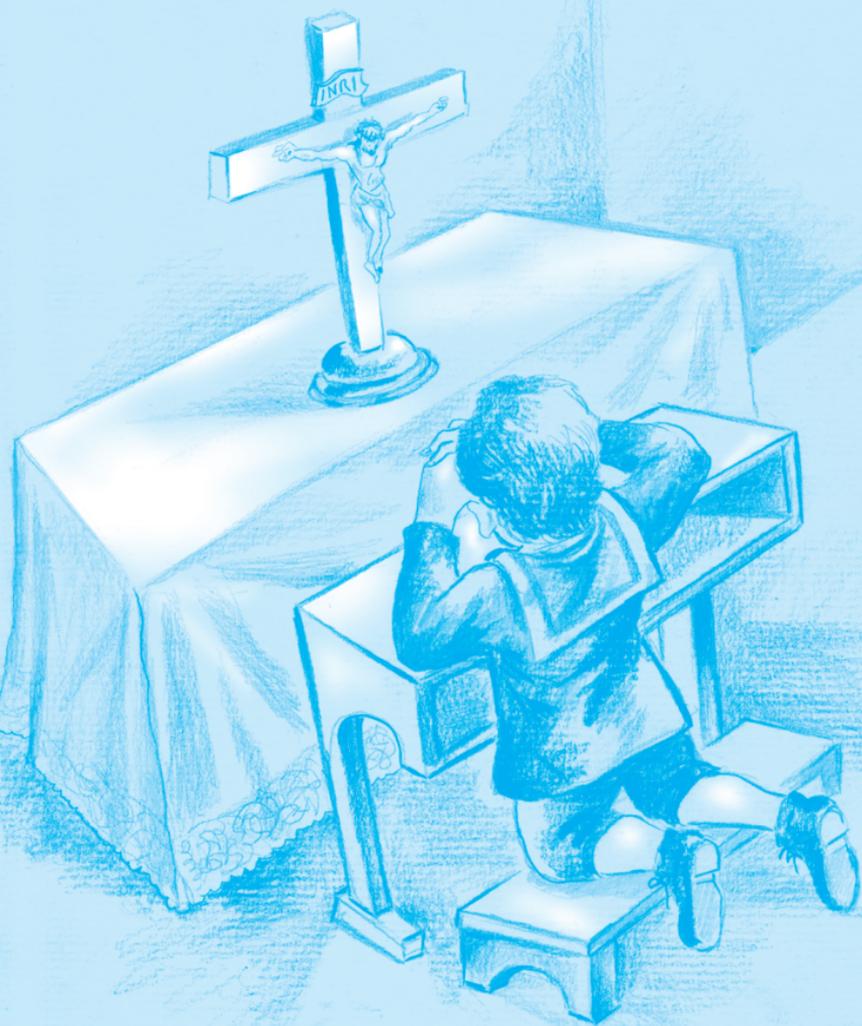
A los 9 años, dice, “tuve la desgracia de hacer una mala confesión en la Iglesia del Carmen y comulgar en seguida”.

Añade que no tuvo la suficiente instrucción y no se dio cuenta del pecado sino después de haberlo cometido; que lloró mucha su falta, y en reparación hizo del Santísimo Sacramento el centro de su vida.

Sin conciencia de pecado no hay pecado. Lo que Matovelle llama mala confesión no merece tal nombre, y aun en el caso de que hubiese sido mala, como no había materia grave, no le hizo perder la inocencia bautismal.

Lo mismo puede decirse de lo que él llama faltas graves de su adolescencia. En un manuscrito de 2 de junio de 1879, en vísperas de vestir en el seminario el hábito clerical, dice que por la misericordia divina nunca permaneció bajo el yugo de la culpa. Pero al revisar ese manuscrito, para incluirlo en sus memorias íntimas, escribe ya: “Nunca permanecí mucho tiempo bajo el yugo de la culpa”

La delicadeza de conciencia le hizo variar de frase. Si David se acusaba hasta de los



*P*or su formación cristiana, Matovelle desde muy niño, aprendió a amar a Jesucristo sin límite alguno, hasta el punto de quedar atónito escuchando el relato de la pasión del Señor en una Semana Santa, situación que lo conmovió demasiado y que lo puso en contemplación delante del misterio de Cristo crucificado, el primer Oblato, que dio la vida por el mundo entero.



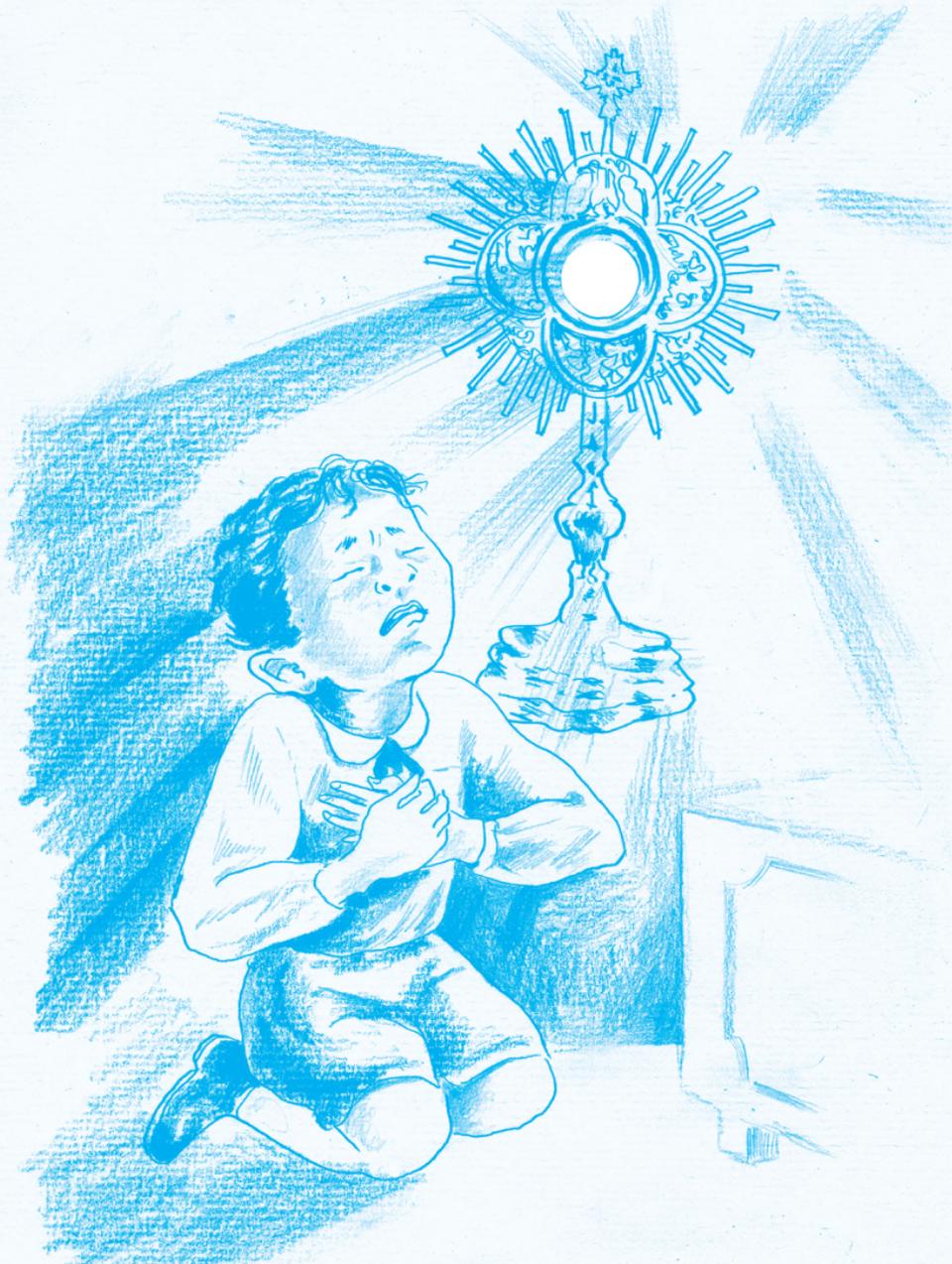
pecados ajenos y pedía perdón por ello, ¿él no iba a carecer de pecados propios?

Estas ingenuas confesiones de pecado y falta, sólo indican el profundo conocimiento que Matovelle tenía de sí mismo. Ya los filósofos griegos hicieron de este conocimiento el principio de toda la sabiduría, pero solo en el seno del catolicismo se llega a explorar la propia alma en sus últimos resquicios. El puro San Francisco de Asís se cree el peor de los mortales, merecedor del infierno, porque tiene los ojos para examinar la propia alma y es ciego para examinar el alma de los demás. La gran Santa Teresa de Jesús ve en el infierno el puesto que debe ocupar por sus culpas. En cambio, verdaderos fariseos se creen dignos del cielo; ¿Por qué? Porque el justo se examina bien a sí mismo, y el fariseo, al alma de los demás. A Matovelle hay que incluirlo en los justos; pertenece a la escuela de San Francisco y de Santa Teresa.

Dios se complace en probar con la tribulación a los que ama para ceñirles una corona más grande en la gloria. A las angustias del alma, por creerse pecador, se le añadieron angustias del cuerpo. A los 10 años enfermó de sarampión, y después le vinieron unas viruelas malignas que le dejaron con fuertes neuralgias. En este estado del alma, teniéndose por malo, porque el dolor lo rendía, pero con ansias increíbles de ser perfecto, oraba en la Iglesia del Sagrado Corazón ante el altar de Nuestra Señora de la Luz.

Era el premio que Dios daba a su oración. Desde muy niño había contraído la piadosa costumbre de rezar diariamente tres avemarías en honra de la Inmaculada Concepción pidiéndole la virtud de la pureza. Sin quererlo y sin pretenderlo imitaba a Santa Mariana de Jesús, que a los 10 años, justamente a la edad de él, hizo el mismo voto.

Entonces, escribe Matovelle, yo no comprendía el verdadero alcance del voto, pero cuando



Con su corazón dolido por haber ofendido a Dios, llora pidiéndole al Santísimo Sacramento perdón por haber comulgado indignamente producto de una mala confesión; en su conciencia escrupulosa como es la de los santos, suplicaba misericordia y compasión, y el Señor Jesús que nunca se hace esperar, se manifestó ante él cargado de gracia y de perdón.



con el transcurso de los años me di cuenta perfecta de él, lo ratifiqué y perfeccioné con plena advertencia de lo que hacía.

La Santísima Virgen María vino a ser para el pobre huérfano madre en el propio y verdadero sentido de la palabra. El amor de madre que Dios le quitó en la tierra se lo dio con creces en el cielo. El nombre de María vino a ser grato para Matovelle en todas las advocaciones: El Tránsito, La Luz, Los Dolores, El Rosario, La Inmaculada, Purísimo Corazón, Las Mercedes y la Peregrina de Quito, entre otras. Ante estas imágenes exhaló todas sus penas, expuso todas sus alegrías, llevo sus dulces quejas y obtuvo el remedio a sus necesidades.

Matovelle pedía y clamaba a Dios que se le concediese las gracias de una grande y ferviente devoción a su Santísima Madre, y Dios le concedió amar con delirio a María. A ella atribuye el haber pasado la niñez y luego la juventud sin manchar la inocencia bautismal en la ciudad donde carecía de la

vigilancia de sus padres y en donde desde sus más tiernos años debió dirigir su vida por su propia cuenta. Y hay que confesar que fue un verdadero milagro de María que el niño sólo, pobre y abandonado se conservase inocente y puro en un ambiente que quizá no era el propicio, por la misma conducta de los autores de sus días. En memorias íntimas, dice: “La Virgen Santísima lo que es hoy y será siempre, mi refugio y protección” Cuan dulce me ha sido durante toda la vida acudir a su amparo, seguro de hallar bajo su manto, consuelo en mis penas, remedio en mis necesidades, salud en mis dolencias, luz en mis tinieblas, consejo en mis dudas, socorro eficaz en toda circunstancia”.

María fue la que ejerció más influencia en la niñez de Matovelle. Ella fue su mejor pedagogo, la que formó su corazón, la que enrumbó sus destinos al futuro.

Matovelle se aficionó al dibujo y a la pintura solo por trasladar al papel la imagen de



En esta ilustración, se evidencia la total consagración de Matovelle a la Virgen María, pues la tomó como su Madre y su tesoro, y siempre anheló con sus obras buenas coronarla de amor y de ternura, sentimientos propios de una alma pura que busca todos los días la perfección cristiana y por lo tanto la santidad.



María, como en sus sueños de misticismo se la figuraba.

Y como poeta, al recordar su dulce nombre, más tarde decía:

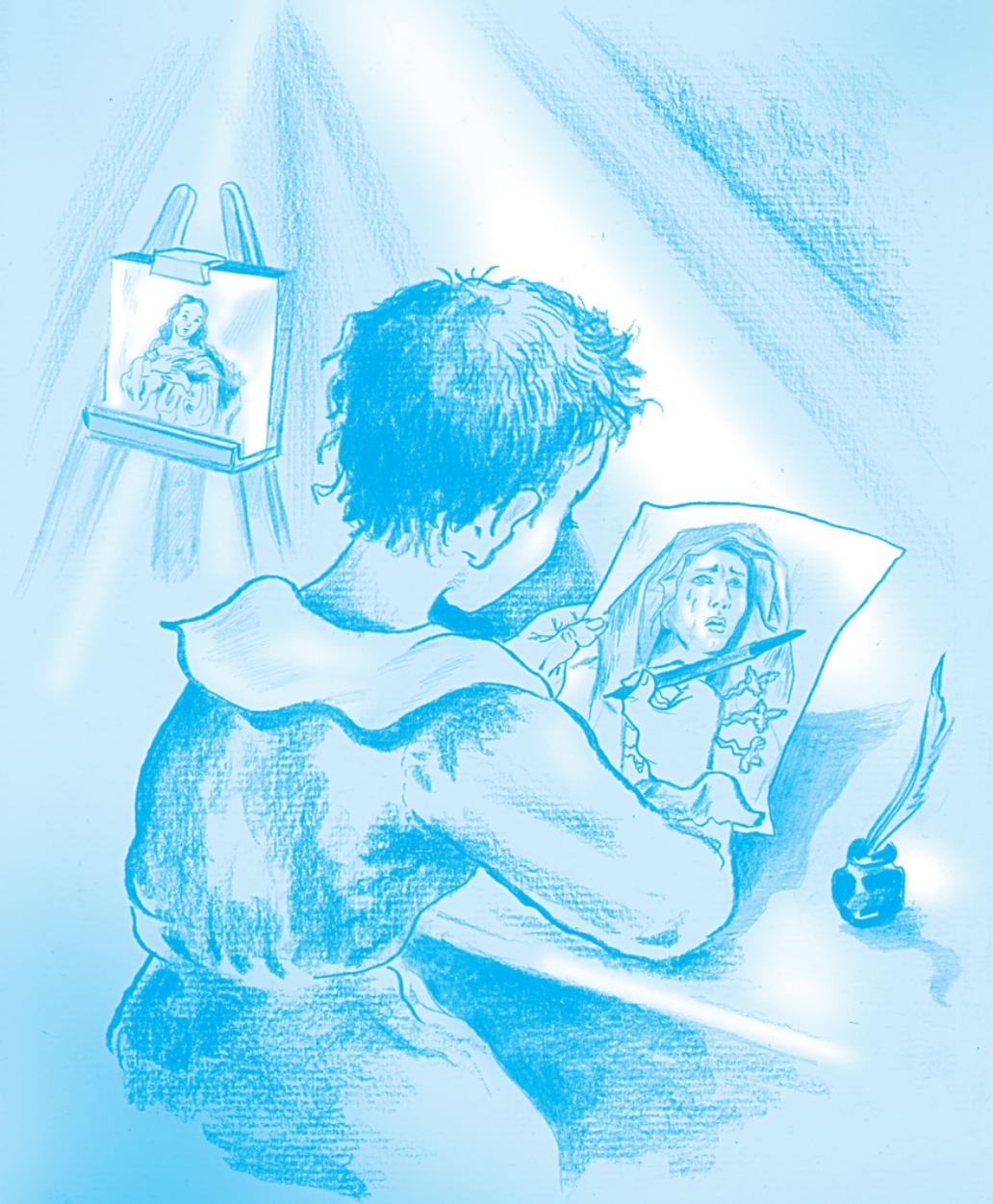
*“He visto en la noche los astros radiantes,
que cruzan errantes,
en gran magnitud.*

*Tal vez hay un coro de Vírgenes bellas,
que alegres tejiendo guirnaldas de estrellas,
tu nombre dibujan con rara virtud”.*

A tanto amor María correspondió con sus favores. Los hijos de la señora Juana de Ávila, que lactaran con Matovelle en los mismos pechos, con referencia a su madre, narraban estos dos sucesos. Con Motivo de las vacaciones de agosto y septiembre, un día llevaban al niño en una mula, en brazos ajenos, según parece a visitar a su madre, que ocasionalmente se hallaba en Deleg. Al pasar el estero de Sidcay, resbala la mula, el niño cae al agua y lo arretaba la corriente.

Pensar en salvarlo apenas si es posible. El que lo lleva acude en busca de quienes le ayuden a recoger cuando menos el cadáver, pero con sorpresa de todos los que acuden, el niño aparece sano y salvo en el remanso del río jugando con los guijarros y asegura que una Bellísima Señora lo puso ahí y le dijo que estuviese tranquilo, que pronto vendrían a buscarlo. En otra ocasión, el niño estaba en el campo, mientras los peones se ocupan en faenas agrícolas, lo dejan a él que duerma tranquilo en la vetusta casa de hacienda, de repente un temblor derrumba el edificio; y cuando todos corren presurosos pensando hallar un cadáver bajo los escombros, el niño a salvo les dice: “No pude correr, pero la Virgen de los Dolores me salvó”.





El amor de Matovelle a María Santísima y ésta en la advocación de los siete dolores, fue intenso y en virtud de esto, él se gloriaba de pintar con su manos infantiles a quien desde el comienzo de su vida fue su Madre, sus dibujos no eran más sino el producto manifiesto de aquello que representaba María Santísima para él, y con la misma pluma del intelectual, plasmó con sencillez el rostro de quien le dijo un día a Dios: Hágase en mí, según tu palabra.



CAPÍTULO III

SEMINARIO DE CUENCA – ESTUDIANTE, MAESTRO Y CONGREGANTE DE MARÍA – VENCE UNA GRAVE TENTACIÓN – IDEA, PALABRA Y ACCIÓN – FUNDADOR DE LA SOCIEDAD CULTURAL “LA ESPERANZA”

A los 10 años Matovelle entró en el Seminario, pero solo en 1864 comenzó los cursos de Colegio en el mismo plantel, teniendo como superior en los primeros años al doctor Nicanor Corral, que más tarde fundó en Guayaquil la Congregación de Apóstoles del Corazón de María.

El seminario de Cuenca había comenzado a funcionar a principios de siglo, en los edificios abandonados por los Jesuitas en la época de Carlos III. Lo fundó el tercer Obispo de la Diócesis, el franciscano Javier de la Fita y Carrión, por auto de julio de 1803.

A instancias del Obispo Esteves Toral y del Gobernador del Azuay don Carlos Ordoñez, García Moreno escribió a Roma en 1869 pidiendo 6 Jesuitas para el colegio y seminario de Cuenca fusionados. Y en este mismo año antes de partir el Obispo a la reunión del Concilio Vaticano I, que inauguró sus sesiones el 8 de Diciembre de 1869, el Ilustrísimo Esteves Toral dejaba el plantel en manos de los Jesuitas, con gran complacencia de García Moreno, que veía cómo se iba entregando la segunda enseñanza a los hijos de San Ignacio en toda la República.

El seminario y el colegio a cargo de los Jesuitas funcionaron en dos edificios separados por una puerta que permitía a los alumnos de los planteles tener unas clases juntos.



*M*atovelle fue brillante en sus estudios y su amor por la academia lo llevó a las cimas altas de la sabiduría, en esta imagen lo vemos caminando hacia el seminario en donde cursaría bajo la guía de los Padres Jesuitas su bachillerato, escenario en donde no se quería abarcar el mar del conocimiento, sino pocas verdades pero bien fundamentadas.



El rector de los Jesuitas era el padre Miguel Franco, italiano, hombre virtuoso, sagaz y muy organizado, que pronto puso a gran altura la obra a él encomendada.

Los años escolares eran siete: tres de humanidades, ínfima, media y suprema; y cuatro superiores: literatura, filosofía, matemáticas y física, no porque se enseñase estas materias exclusivamente, sino por la preferencia que se daba a ellas.

El método de los estudios era el usual en el colegio de los Jesuitas, educación clásica, pocas materias, pero fundamentalmente aprendidas, nada de enciclopedismo, ni erudición a la ligera, amor al estudio, desarrollo de la aptitud de aprender dominio de sí mismo, sujeción de la carne al espíritu, firmeza de voluntad, vida cristiana, casta, la doctrina católica como guía de la inteligencia y norma de conducta, mucha disciplina impuesta con suave energía por el maestro y aceptada con amor por el alumno, en fin, un profesor principal para cada curso, que mantenga la unidad y sea el hombre que con sus conocimientos y experiencias abra al discípulo la ruta del porvenir.

Este método pedagógico, minucioso hasta en los últimos pormenores de la enseñanza, que ha dado resultados admirables en la experiencia de casi cuatro siglos, es conocido, en el mundo con el nombre de Ratio Studiorum. Manuel J. Calle en su fobia contra la Iglesia, la califica de sistema de propaganda eclesialística en materia de opciones y doctrinas, pero afirma que en el Ecuador ha dado los hombres mejores preparados.

De esta manera el pequeño José Julio María Matovelle, creciendo en sabiduría se iba perfilando como un ejemplo a seguir para la juventud de su tiempo.





Con la cabeza siempre en alto no obstante su dura infancia, y con los ojos contemplando el horizonte, Matovelle en esta imagen marcha hacia el seminario en donde introduciéndose en el estudio de las ciencias exactas y sociales, se le abrirá una senda ancha hacia sus posteriores estudios de Jurisprudencia.



LA HISTORIA SE ESCRIBE CON LA VIDA

Estimados lectores, de esta manera sencilla y con un lenguaje tranquilo y sereno, hemos puesto en sus manos el relato de la infancia del Venerable Padre Fundador de Oblatos y Oblatas, así dejamos abierto el camino para que con curiosidad y gran anhelo, conserven el gusto necesario para leer el siguiente fascículo de la vida del Padre Matovelle, que tiene que ver con su adolescencia y juventud.

"Ob Amorem Dei"

Todo por amor de Dios



Mi consigna será: trabajar, amar y padecer

(P. Matovelle)



HIMNO A MATOVELLE



//Hoy oh Padre cantamos tu nombre
llenos todos de santa emoción
al compás de las liras del cielo
/Admirando tu heroica oblación//

Con tu regia pupila de Apóstol
viste a Cristo enclavado en la cruz
la oblación en tu frente brillaba
con destellos de vívida luz,
y se abrieron de Cristo los labios
y dijeron con plácida voz

/De mi alcázar serán cual estrellas,
los que van de mis pasos en pos/



*L*a letra de este Himno nos recuerda la grandeza de un hombre que en medio de su pequeñez brilló con la luz de Dios en medio de su cultura y que aunando la fe con la razón se convirtió en una hostia santa y agradable para su Creador.



ISBN 978-9942-8540-0-1



Oración por la pronta glorificación del Venerable P. Julio María Matovelle

Oh dulcísimo Jesús que os dignásteis elegir al Venerable Padre Julio María Matovelle para apóstol del reinado social de vuestro Divino Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os rogamos le glorifiquéis otorgándonos por su intercesión la gracia que os pedimos (petición) juntamente con vuestro amor y el reinado completo de vuestro Sacratísimo Corazón. Amén.



Si usted recibe un favor de Dios por intercesión del Venerable Padre Julio María Matovelle comuníquese:

ECUADOR: Quito: Casa Generalicia:
Venezuela N11-263 y Matovelle
Telfs.: 258 2646 – 228 6014

COLOMBIA:
Bogotá: Calle 70A No. 7-63
Telf.: (0057) 24 93 414



Misioneros Oblatos



@PadresOblatos

www.oblatos.com